

Comentarios Generales

Génesis 2, 7-9; 3, 1-7

La narración bíblica que describe el "Pecado" del Paraíso suscita un interés siempre creciente:

— Narración cargada de ingente valor teológico y expresada en una escenificación de un dramatismo insuperable. Actúan como protagonistas-antagonistas el Hombre (Adán-Eva) y Satán (Serpiente). Y el escenario es el Paraíso con sus dos "Árboles" simbólicos: Árbol de la Ciencia-Árbol de la Vida. El Árbol de la Ciencia significa la Trascendencia Divina, los Poderes Divinos. El Árbol de la Vida simboliza la Inmortalidad. Dios hace de ella gracia al hombre a condición de que el hombre viva en dependencia y amor filial de Dios. El Paraíso simboliza el estado feliz en que Dios y el hombre viven. Los antropomorfismos quieren indicar las relaciones de un amor íntimo, filial.

— Se interpone Satanás, enemigo a la vez de Dios y del hombre. La Biblia le presenta bajo el disfraz de "Serpiente". En Canaán la "Serpiente" era objeto de culto idolátrico. Simbolizaba la vida, la fecundidad. El Pecado que la Serpiente insinúa al hombre (Eva-Adán) es una especie de idolatría. El Autor Sagrado retrotrae a los principios el pecado más grave que Él conoce: el culto idolátrico. En Canaán eran la peor tentación para Israel aquellos cultos naturalistas con que los iniciados pretendían arrancar a sus dioses poderes divinos sobre la fecundidad y sobre la vida. Jeremías nos lo dice con realismo y crudeza: "¿Ves lo que hace la rebelde Israel? Va a toda alta montaña bajo todo árbol frondoso; y allí se prostituye o idolatra" (Jer 3, 6). En el Pecado del Paraíso se ve este trasfondo de malicia: un afán de compartir los poderes de Dios; una autonomía total; una autodivinización del hombre frente a Dios. Y el hombre, al emanciparse de Dios, pierde a Dios y da con el dolor y la muerte.

— La Biblia no es Historia Universal, sino: "Historia de la Salvación", o si preferimos: "Teología de la historia humana". En estos primeros capítulos nos enseña: Dios creó al hombre con destino a Vida Inmortal. Lo creó libre. La "libertad", corona de gloria del hombre, tiene tanto de dignidad como de riesgo. El hombre puede ir a Dios e ir contra Dios. El hombre con abuso de su libertad, bajo el influjo de Satanás que le ataca por el punto más vulnerable, el orgullo, se independiza de Dios. Ahora frente a esta maldita cadena: Pecado-Castigo-Dolor-Muerte, Dios Misericordioso inicia la que llamamos "Historia Salvífica": Promesa-Encarnación-Redención-Salvación. Y si una solidaridad de pecado nos anega a todos los hombres, también una solidaridad de gracia nos purifica y nos salva: la solidaridad, por la fe, con nuestro Redentor Jesucristo.

Romanos 5, 12-19:

San Pablo desentraña los riquísimos valores teológicos de la narración del

Génesis:

— Para iluminar cómo Cristo nos libra del “Pecado”, pone frente a frente al primer Adán, cuyo delito nos trae la “Muerte”, y a Cristo, cuya “Redención” nos trae la Vida. Por Adán perdimos el acceso al Árbol de la Vida; por Cristo recobramos la Vida. El pecado es rompimiento con Dios. Por eso es muerte. Adán, al abrir la puerta al “Pecado” la abrió a la “Muerte”. Por Adán reinan sobre todos los hombres el “Pecado” y la “Muerte”. La Escritura entiende por “Muerte” no sólo la física o corporal, sino sobre todo la espiritual y eterna. La muerte física es “signo” y consecuencia de la espiritual (Sap 2, 24). Dios es Vida. Quien rompe con Dios queda en zona de muerte. Quien conecta con Dios tiene la Vida de Dios. Cristo, que nos trae la justificación (= Redención del “Pecado” y recuperación de la Gracia = Vida de Dios), nos trae también la Resurrección (vv 12-14).

— Nuestra solidaridad con Adán y con Cristo queda iluminada por Pablo en este ramillete de contrastes: Entre la obra nefasta de Adán que inficiona de pecado a toda la Humanidad y la obra redentora de Cristo que a todos nos revitaliza de gracia (16); entre el “Pecado”, rey universal por culpa de Adán, y el Reino de la Gracia = Reino de la Vida, al que por Cristo tenemos todos libre acceso (17); entre el influjo universal que para condenación tiene el delito de Adán y el influjo universal que para justificación y salvación tiene la Redención de Cristo (18). Por fin, en el v 18 se acentúa el contraste, entre la que podríamos llamar causa formal o esencial que diversifica las dos situaciones contrapuestas: la “Desobediencia” de Adán contra Dios desata en cadena las calamidades de la historia humana; historia de dolor y muerte porque lo es de pecado. Y la “Obediencia” de Cristo, Hijo de Dios Encarnado, nos entra de nuevo a todos en la órbita de Dios, y trueca todos los dolores y todos los esfuerzos humanos en Historia de Salvación.

— Ahora basta que con fe y amor nos asociemos al Adán Nuevo: Cristo. “Al que quede vencedor le daré a comer del Árbol de la Vida que está en el Paraíso de mi Dios” (Ap 2, 7; 22, 2. 14). En la Eucaristía tenemos ya el pregusto del Árbol de la Vida. La Liturgia cuaresmal nos llama a conversión y a vigorizar la gracia bautismal comiendo el Pan de Vida.

Mateo 4, 1-11:

El Evangelio nos narra en estilo catequístico las tentaciones de Satán a Cristo: Al Adán desobediente se contrapone el Adán Nuevo. Siervo Obediente:

— En la tentación del Paraíso Satanás seduce al hombre. Le excita a gula y sensualidad, y sobre todo a ambición, autonomía y orgullo. Estas mismas tentaciones presenta a Cristo.

— Vencidos en Adán, y ya sin moral ni posibilidades de victoria, el linaje de Adán se hunde todo él en el pecado. Cristo, Adán Nuevo, vence a Satanás. Los cristianos, vencedores en Cristo, recuperada la moral de la victoria,

vencemos personalmente, con la gracia de Cristo, al pecado y a Satanás.

— Las tentaciones que Satanás presentará a los cristianos coinciden con la que presentó a Jesús:

a) Traducir el Reino de Dios en soluciones inmediatas, utilitarias, tangibles. Debemos purificar este concepto del Reino. Debemos adorar la presencia y el poder de Dios en la continuidad del dolor, de la pobreza, del fracaso: de la cruz. El Reino trasciende todos los esquemas terrenos.

b) Otra tentación es el exhibicionismo. Igualmente querer presentar la credibilidad de la Iglesia, o apoyar nuestra fe en milagros; o empeñarse en racionalizar el Evangelio y presentarlo a gusto del mundo: "Los judíos piden milagros y los griegos sabiduría; nosotros, empero, predicamos a Jesús- Mesías Crucificado" (1 Cor. 1, 23).

c) Ciertamente, no adoramos al demonio, pero nos acechan idolatrías no menos peligrosas: egolatría, cosmolatría, cronolatría, tecnolatría. Ese secularismo y desacralización que marginan a Dios. Ese poner el paraíso en la tierra. Esa autosuficiencia de quienes nunca oran. Esa crítica acre e inmisericorde de la Iglesia tradicional unida a la autopropaganda de los métodos propios, o con un eufemismo más disimulado de la adaptación a los hombres de nuestro tiempo. El Diablo nos envuelve en las redes sutiles de orgullo, ambición, egoísmo. Le venceremos con la pobreza y mortificación, la humildad y obediencia, la fe y esperanza. Nuestro alimento y vigor es la Palabra de Dios (4). Y nuestro premio, la Vida de Dios (Ap 2, 7).

— Apropiémonos este programa cuaresmal empapado de tensión pascual:

...Quia fidelibus tuis dignanter concedis quotannis paschalia sacramenta in gaudio purificatis mentibus expectare: ut, pietatis officia et opera caritatis propensius exequentes, frequentatione mysteriorum, quibus renati sunt, ad gratiae filiorum plenitudinem perducantur (Praef.)

(José Ma. Solé Roma (O.M.F.), *'Ministros de la Palabra'*, ciclo 'A', Herder, Barcelona 1979.)